

## LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS

La palabra “*apocalipsis*” es la traducción de un término griego que significa “*revelación*”; todo apocalipsis supone, pues, una revelación hecha por Dios a los hombres de las cosas ocultas y sólo por él conocidas, en especial de cosas referentes al futuro.

Ante una situación tan misteriosa como la que nos está deparando la pandemia del coronavirus, con un desbordamiento lamentable de sufrimiento para toda la humanidad y un futuro incierto incluso para nuestros sabios e investigadores, será conveniente revisar algunas páginas de este profético libro, el Apocalipsis, que escribió en su día el apóstol **san Juan** en la isla de Patmos e inspirado por el Espíritu Santo. Es posible que Dios nos desvele las cosas ocultas que nos duelen y no comprendemos.

Pero leamos el libro sin prejuicios, no con afán inquisitorial para ver si nos convence o si entra dentro de lo que piensa la opinión pública. Leámoslo “*de rodillas*” como aconsejaba don Miguel de Unamuno que es como siempre hemos de ponernos ante la Palabra de Dios.

Podemos abrir el libro y detenernos con el capítulo 6, dedicado a los “*siete sellos*”. (Recordar la película de Ingmar Bergman que, a su modo, nos muestra la apertura del séptimo sello). Nosotros, más concretamente, nos quedaremos solamente con la apertura de los cuatro sellos primeros. Aquí encontraremos la acción de los cuatro jinetes del Apocalipsis:

*“Cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, miré y oí a uno de los vivientes que decía con voz de trueno: «Ven». Y vi un caballo blanco; el jinete tenía un arco, se le dio una corona y salió como vencedor y para vencer otra vez.*

*Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: «Ven». Salió otro caballo, rojo, y al jinete se le dio poder para quitar la paz de la tierra y hacer que los hombres se degüellen unos a otros; se le dio también una gran espada.*

*Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer viviente que decía: «Ven». Y vi un caballo negro; el jinete tenía en la mano una balanza. Y oí como una voz en medio de los cuatro vivientes que decía: «Una medida de trigo, un denario; tres medidas de cebada, un denario; al aceite y al vino no los dañes».*

*Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que decía: «Ven». Y vi un caballo amarillento; el jinete se llamaba Muerte, y el Abismo lo seguía. Se les dio potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, hambre, epidemias y con las fieras salvajes” (Ap / 06 / 01-08).*

Naturalmente estos textos proféticos pueden parecer incomprensibles para los cristianos de a pié, es razonable, y por eso necesitamos la ayuda de los especialistas en la Biblia y en la teología para que nos explique su significado.

Entre los posibles, he elegido a uno cuya palabra es atendida con respeto en la Iglesia. **Michael Schmaus** (17 de julio de 1897 - 8 de diciembre de 1993) fue un teólogo católico alemán especializado en dogmática. En el tomo VII de Teología Dogmática, dedicado a los Novísimos, comenta estos versículos del Apocalipsis:

*“El Apocalipsis continúa las profecías de Cristo en terribles visiones. En los símbolos de los cuatro jinetes se revelan la necesidad y la desgracia que pertenecen al tiempo mesiánico de la salvación, porque a él pertenecen los poderes de la muerte y del diablo ya derrotados, pero no aniquilados. El vidente contempla cómo sobre la tierra no puede irrumpir ninguna desgracia, si Dios no lo permite. El primer jinete monta un caballo blanco. Cabalga de victoria en victoria. Es símbolo del imperialismo y militarismo. Hace la guerra por amor a la guerra, para satisfacer su sed de poder, para esclavizar a los pueblos y dominar el mundo. Al segundo jinete, que cabalga en caballo bayo, se le ha dado el poder de arrebatar la paz. Enciende la lucha de todos contra todos. Los hombres rabian unos contra otros en guerras civiles. Sigue el jinete del caballo negro. Trae consigo la carestía y el hambre. El último caballo lívido de color verdoso-amarillento lleva el peor jinete: la muerte. Hace triunfante su cosecha, cuando una cuarta parte de la tierra se ha convertido en campo de cadáveres (Apoc. 6, 8).*

*Los cuatro jinetes están al servicio del Omnipotente. El los llama y El los detiene. Son precursores del juicio final.*

*A los portadores históricos de desgracias se unen los poderes funestos de la naturaleza. Son precursores y preludio del fin del mundo. Cristo lo profetizó y San Juan ve su actividad.*

*Los hombres se paralizan de terror ante la irrupción de los poderes naturales, de terremotos y tormentas, trastornos del cielo y de la tierra y ya no queda nada de su anterior seguridad y creencia de que nada necesitaban. La angustia hace iguales al rey y al esclavo. Los portadores del poder político, económico, militar y social quedan tan desvalidos como los pobres y pequeños. "Los reyes de la tierra, y los magnates, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos, y todo siervo, y todo libre se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y ocultadnos de la cara del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero, porque ha llegado el día grande de su ira, ¿y quién podrá tenerse en pie?" (Apoc. 6, 15-17). La desgracia es tan terrible que los vanidosos y conscientes pecadores se esconden en las cavernas y en las grietas de las rocas como animales atemorizados y prefieren ser enterrados entre las moles de piedra a ser llamados al juicio de Dios. Sienten que en las catástrofes naturales los llama Dios, que fue llevado al matadero como un cordero, que fue insultado con risas y sarcasmos y era débil porque quería ser débil, pero que ahora se presenta airado y haciendo temblar a sus enemigos (Lc. 19, 27).*

*La corrupción saldrá de todos los elementos que están al servicio del hombre. Tierra y mar, ríos, olas, estrellas, agua, fuego, hierro se convertirán en instrumentos de la justicia divina (Apoc. 8, 7-12; 9, 1-19). Es especialmente significativo el hecho de que los árboles serán destruidos, ya que a ellos está unida la esperanza de vida; su muerte sella el fin de esa esperanza (cfr. la narración paradisíaca del árbol de la vida y la parábola de la vida y de los sarmientos). Los hombres buscarán la muerte para escapar de tan terribles tormentos, pero la muerte los huirá.*

*Quien inflige todo eso a los hombres es el príncipe del infierno, que tiene las llaves del abismo. Los hombres le han vendido su alma al desligarse del dominio de Dios y él ejerce sobre sus sometidos un poder atormentador. Pero también él es instrumento de Dios, que quiere convertir a los hombres antes del fin de su historia. Pero los hombres no se convertirán, aunque la justicia de*

*Dios les infunda angustia y temor, sino que se obstinarán en su orgullo. Prefieren la vida independiente y atea a la adoración de Dios y aguantan el tormento, que es peor que la muerte (Apoc. 9, 20). El misterio del pecado se revela aquí en toda su abismal incomprendibilidad. En vez de reconocer los justos juicios de Dios, los hombres se rebelan furiosos contra El. Habían creído poder ignorarlo y reírse de El impunemente y ahora son pisoteados, porque Dios no permite que se rían de El. Pero su furor es el grito de un impotente (Ps. 2, 4).*

Animamos a los lectores para que repasen estas palabras, sin duda misteriosas, y se dejen ganar por el conjunto de estas imágenes joánicas, complicadas, pero con las que el autor ha revestido su mensaje de esperanza. Sabemos que el sacrificio del Cordero ha obtenido la victoria postrera y, sean cuales fueren los males que la Iglesia de Cristo padezca, no puede dudar de la fidelidad de Dios hasta el momento en que vuelva el Señor tal como nos ha prometido. El Apocalipsis es la gran epopeya de la esperanza cristiana, es el canto de triunfo de la Iglesia perseguida, es la luz que ilumina los momentos más tenebrosos de nuestra historia.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote  
[www.semillacristiana.com](http://www.semillacristiana.com)

Salamanca, 4 de octubre de 2020